



# GLUP

Marcelo Dos Santos



III

# ***GLUP***

***Un relato de  
Marcelo Dos Santos***

© 2003 by Marcelo Dos Santos, Buenos Aires, Argentina  
Todos los derechos reservados  
Es propiedad del autor

## IV

© (sobre la obra) 2001 by Marcelo Dos Santos, Buenos Aires, Argentina

© (sobre las características técnicas y gráficas de este ejemplar) 2001 by Marcelo Dos Santos, Buenos Aires, Argentina

© (sobre la ilustración de tapa) 2001 by Juan Manuel Risé

© (sobre el diseño de tapa) 2001 by María Andrea Rossi

Asesor Técnico Legal: Dr. Miguel A. Egido

Asesor Técnico Militar: Jorge Alberto Rodríguez Bollada

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Registro de la Propiedad Intelectual Nº 153121

Es propiedad del autor

Todos los derechos reservados a nivel mundial

Obra protegida por la Ley 11.723 de Propiedad Intelectual, su Decreto Reglamentario, Leyes concordantes y modificatorias, así como por los Convenios nacionales e internacionales sobre Propiedad Intelectual

Prohibida la reproducción total y/o parcial, edición, copia, fotocopia, adición, sustracción, modificación, tratamiento informático, transmisión, mimeografiado, edición, publicación, traducción y/o adaptación sin la expresa autorización escrita del autor y/o sus representantes legales, apoderados, agentes, sucesores, administradores y/o derechohabientes. La violación de esta prohibición dará lugar a las acciones judiciales civiles y/o criminales a que se refieren las normas vigentes sobre la materia en todo el mundo

Todos los hechos, nombres, personajes, caracteres y episodios narrados en la presente obra son ficticios y, como tales, fruto exclusivamente de la imaginación del autor. En consecuencia, cualquier semejanza con hechos, nombres y caracteres presentes o pasados y con personas vivas o muertas, obedecerá a la mera casualidad.

**Ilustración de tapa:**

**Juan Manuel Risé**

[juan\\_rise@hotmail.com](mailto:juan_rise@hotmail.com)

**Diseño de tapa:**

**María Andrea Rossi**

[marichi@data54.com.ar](mailto:marichi@data54.com.ar)

**Contáctese con el autor:**

[mdossantos@clarinmail.com](mailto:mdossantos@clarinmail.com)

**Portal del autor:**

[www.mcds.com.ar](http://www.mcds.com.ar)

**Sitio Oficial de Glup:**

[www.libroglup.com.ar](http://www.libroglup.com.ar)

## ***Acerca del Autor***

**Marcelo Dos Santos** nació en Buenos Aires en 1961. Tiene 3 hijos y vive en Florida, en la Provincia de Buenos Aires.

Estudió Medicina, Dirección Cinematográfica e Informática.

Crítico profesional de cine y literatura, guionista y productor de cine y televisión, animó las secciones de espectáculos en varios programas de Radio Excelsior, Radio Cultura, Radio El Sol y Canal 9 de Buenos Aires, escribiendo regularmente en las revistas Film (Buenos Aires), M Cine (Montevideo) y numerosos fanzines.

En el ámbito literario, publicó relatos de ciencia ficción, fantasía y horror en varias revistas de Buenos Aires y Rosario. También tradujo varias obras de reputados maestros de la ciencia ficción, como **Frank Herbert** y **Norman Spinrad**.

Ha publicado, *Últimas Visiones* (Ed. El Taller del Poeta, Pontevedra, 2002), un libro de relatos de ciencia ficción, fantasía y horror, simultáneamente en la Argentina, México y España. Tiene, además, concluidos un volumen compuesto de dos novelas cortas –una fantástica y otra de ciencia ficción–, *Padres y Madres*; y una novela de acción y suspenso llamada *Gorgona, El Tercer Atentado*.

Mientras escribía *Glup*, el autor trabajaba en su segunda novela: una larga saga histórica en dos volúmenes, basada en un libro bíblico: *Judit*.

Excepto *Glup* y los relatos publicados en revistas, el resto de su obra permanece inédito.

Más detalles acerca del autor y sus textos, junto con relatos, fragmentos y artículos, en su portal oficial:

[www.mcds.com.ar](http://www.mcds.com.ar).

*Glup* es su segundo libro.

## ***Nota del Autor***

**Bradbury y Fast me dieron el gusto por la literatura.**

**Luego, Poe me enseñó a escribir, y, bastante tiempo después, Howard Phillips Lovecraft me dijo qué era lo que yo quería escribir.**

**En mi decimoséptimo cumpleaños, Stephen King se reveló como aquél a quien un buen escritor debía parecerse. Finalmente, J. R.R. Tolkien me mostró cómo se hacía.**

**Mientras escribo esto, ninguna de mis obras ha sido publicada, salvo algunos relatos breves, y mi segunda novela, Judit, crece, lenta y rastrera, para llegar a ser, quizás, algo enorme. Está ambientada en un tiempo remoto y mal conocido, del que nuestra Biblia es tan sólo un eco poético e idealizado.**

**Cuando Glup esté terminado, será mi quinta obra.**

**Pero Glup representa para mí algo especial. De modo que he decidido darle un destino especial.**

**Será publicada en una edición limitada, con ilustración de tapa de Juan Manuel Risé.**

**De modo que, lector, usted es importante: no muchas personas van a tener en sus manos este texto, y usted es una de ellas.**

**Por algo será.**

**Ahora debo dejarlo: tengo que terminar de escribir Glup.**

**Confieso que esta historia me está gustando.**

**Me haría feliz que a usted le sucediera lo mismo.**

*Marcelo Dos Santos, Florida, 29 de junio de 2001*

*para Paula Abelleira,  
modelo de amistad desinteresada*

*La chica se levantó de la cama y se puso de pie. Habíamos estado juntos toda la noche. Sabía que en esa posición, ante la puerta que daba al fondo, con el sol destacando su silueta, yo iba a admirarla.*

*Y la admiré.*

*La vieja casa tenía muchos defectos, pero la había elegido por una razón. Mi dormitorio miraba al este, y la luz de la mañana, un poco filtrada por los álamos, daba de lleno sobre la puerta.*

*La muchacha, de pie y con los brazos levantados, recortándose contra el resplandor de la media mañana, era una estatua sensual y perfecta.*

*Sus piernas eran largas y esbeltas, los pequeños pechos tensos por la posición antinatural, pero tan excitantes como me habían parecido bajo el vestido rojo, la madrugada anterior.*

*Dejó que la mirara un rato más, acaso un minuto y medio. Era hermosa. Luego, convencida – pobre chica- de que me había seducido para siempre, abrió la puerta de mi habitación y desapareció en la galería rumbo al baño.*

*Desde mi cama, en la casa-chorizo que había comprado con mi sudor, la escuché orinar y tirar la cadena. También yo tenía ganas de ir al baño, pero no iba a cambiar el placer de permanecer unos minutos más entre mis sábanas, perfumadas con su olor a lilas, por un pasajero alivio vesical. Miré una vez más la luz dorada que entraba por la puerta del dormitorio, y respiré profundo.*

*Ella –Marisa, creo que se llamaba-, salió del baño, recorrió el camino de vuelta al dormitorio, y se puso la ropa interior.*

*La había conocido la noche anterior, en un boliche, mientras ella bailaba, sola, en medio de la pista.*

*Me había acercado a ella, la había tomado con firmeza del codo izquierdo, y la había conducido hacia la barra. Vos te venís conmigo, le había dicho, y sí, habíamos charlado un rato y ella se había venido conmigo, se había subido al viejo Falcon lleno de antióxido y habíamos pasado la noche juntos y habíamos hecho el amor. En ese momento, yo no creía haber hecho nunca el amor de una manera tan apasionada como con ella esa noche.*

*Y cuando tuvo la ropa interior puesta, la tal Marisa no decidió regresar a la cama conmigo, sino volver a abrir la puerta de mi dormitorio que miraba al este y recibía la gloriosa luz de la mañana, y salir al fondo.*

*Ví su sombra proyectándose contra los vidrios de la puerta, y luego escuché su paso leve abandonando las baldosas y perdiéndose sobre la tierra.*

*Pasé todavía unos segundos regodeándome con el contacto de las sábanas impregnadas de su perfume, y escuché su voz:*

*-Roberto...*



*Entonces, por fin, me levanté, y abrí la puerta y salí a la galería, y crucé el fondo, pisando la tierra aún húmeda con los pies descalzos, y la ví parada ahí, casi contra la medianera, mirando hacia abajo, concentrada, como abstraída en pensamientos que nadie hubiera sido capaz de penetrar.*

*Cuando la había visto y había hablado con ella, la madrugada anterior, me habían seducido su mirada aniñada y su voz profunda.*

*Pero su voz profunda y su mirada aniñada habían sido reemplazadas por la fría codicia de la serpiente. Miraba hacia abajo, a la tierra frente a ella. Dijo:*

*-¿Y esto?*

*Lo que miraba era un pequeño sector de tierra verde, cubierta de musgo y flanqueada por dos macizos de begonias.*

*Lo que miraba era una cruz de madera, nada ostentosa, de apenas un metro de alto, pulida y repulida por el rigor de los elementos.*

*Hacia años, yo la había hecho con mis propias manos, la había pintado de blanco y le había puesto dos o tres capas de barniz marino. Sobre ella había escrito, con la letra más pulcra de la que son capaces mis torpes manos, una sola palabra: "Glup".*

*-¿Y esto?- repitió con su voz profunda y burlona. Se sostenía los hombros con las manos, el vello de los brazos erecto por el frío de la mañana.*

*-¿Y esto?*

*-Es la tumba de mi perro.- respondí.*

*La Colt 45 la heredé. Estaba nueva, nuevita, lo juro. Nunca me gustó la Colt 45. Creo que siempre preferí lo que muchos reputan como una mala copia, la Ballester Molina. Lo que no me gustaba de la Colt era el seguro de empuñadura, esa pieza móvil que apoya allí, donde la parte flexible del pulgar se une con el resto de la palma, e impide que la pistola se dispare si no está firmemente empuñada por una mano humana determinada a matar.*

*La Ballester es una muy buena copia, sólo que no tiene seguro de empuñadura. ¿Es más peligrosa? ¿Es más factible que se dispare por accidente? Tal vez. Pero he debido jugarme la vida en muchas paradas bravas, en muchos tiroteos con tipos a los que les daba lo mismo mirarte que matarte, y a veces he necesitado de un arma que se pueda disparar desde el piso, mientras tu cuerpo gira sobre sí mismo y un fulano trata de coserte a tiros. Y un arma con seguro de empuñadura no sirve de mucho en esos casos, salvo que tengas el testamento listo y firmado. Por eso siempre confié mi vida a mi vieja Walther. Cuando tuvo que disparar, disparó, estuviera bien empuñada o no.*

*La Colt 45 la heredé, nueva, nuevita, en su caja original, de una chica, aunque parezca mentira.*

*Era la hija de un poli que conocí cuando revistaba –pobre de mí- en la vieja comisaría 11, a las órdenes del comisario Sobrino, frente al Parque Centenario.*

*La piba era hija de un hermano del comisario, y estaba buena. Me tocó acompañarla un par de veces a lo de unos parientes que vivían en Pablo Podestá. Un Oficial Escribiente joven, recién recibido, acompañando a una pendeja de dieciocho años, de noche, a un lugar ignoto ubicado a más de cuarenta kilómetros de la seccional de origen. Como poner al zorro a cargo del gallinero, para ser claro.*

*Y pasó lo que tenía que pasar. La pendeja se encandiló con el escribiente joven –por más que mi pinta de indio matrero le daba un poco de miedo, pero eso fue sólo al principio- y terminó haciéndole la trampa al tirfilo del San Cirano que tenía por novio para encamarse en cuanto ocasión se le presentaba con el joven argentino, santafesino y tatengue, oficial escribiente de la comisaría 11.*

*Luego, un tiempo después, el padre se murió, y la única herencia que la chica recibió fue esa Colt 45, en su caja, como nueva.*

*¿Y a que no saben a dónde fue a parar la Colt? Por supuesto. ¿Qué iba a hacer una mocosa de dieciocho años, recién salida de la Escuela Normal, con semejante cañón?*

*Se la regaló al oficial escribiente, como se imaginarán.*

*Y así fue como la 45 Colt llegó a mis manos, hace ahora más de veinticinco años.*

*-¿La tumba de tu perro? ¡Ja!- y la risotada de la mina, expulsada de esa boca que yo me había cansado de besar durante toda la noche, sonó como un insulto en mis oídos. La comprendo ahora, tantos años después: la tumba de Glup era más la tumba de un padre o de un hermano, por lo pulcra y cuidada, que la de un perro, pero yo sentí aquella risita como una cachetada dada con furia y con afán de humillarme.*

*-Sí, de mi perro. ¿Y qué?- susurré.*

*-Nada. Es que es tan...- y yo supe que no sabía si decir “tan linda”, “tan pulcra”, “tan cuidada que parece la de una persona” o algo por el estilo. Pero el “¡ja!” cruel que había coronado la frase había sido suficiente.*

*Clavé las uñas de mi mano derecha en la palma, profundamente, y susurré:*

*-Vestite.*

*-¿Cómo?*

*-Que te vistas.*

*La muchacha me miró, como sin entender. Su mirada parecía decirme “te equivocaste, ¿no es cierto?”.*

*Pero yo sólo dije:*

**-Que te vistas y te vayas. Ahora.**

**Y esperé que se vistiera y agarré su cartera y su saquito y se los puse en la mano y le abrí la puerta y la puse de patitas en la calle y no la volví a ver hasta el día de hoy.**

**Nunca disparé la pistola. Al poco tiempo de que aquella chica me la regaló, hice los trámites en el Registro Nacional de Armas, la puse a mi nombre con la anuencia de ella, compré dos cajas de munición, y la guardé. La desarmaba, limpiaba y lubricaba, como hago con todas mis armas, porque un arma descuidada me produce la misma sensación que ver a un caballo flaco y subalimentado, el caballo del botellero, esa sensación de pena y vergüenza ajena que se siente al ver algo que es demasiado bello, demasiado armónico, demasiado noble para encontrarse en el estado lamentable a que lo han reducido las circunstancias o los malos tratos.**

**Así que la cuidé y la guardé con cuidado, aunque nunca, lo repito, la llevé encima ni la disparé.**

**¿El perro? También lo heredé. Y, una vez más –nobleza obliga- tengo que admitir que lo heredé de otra mujer.**

**Ésta no era una minita de boliche como la tal Marisa, ni una nena fifi de Barrio Norte como la propietaria original de la Colt, sino una negrita como yo, villera y santafesina –como yo-, clinuda pelo de punta como yo, que había conocido cuando era un chiquilín, en la villa del oeste de la ciudad de Santa Fe donde había nacido y crecido.**

**Mirta, se llamaba.**

**Y yo recordaba sus patitas flacas y sus crines lacias, pero después yo había huído de la villa, de la miseria, del padrastro hijo de puta que había violado y obligado a escapar a mi hermanito al que nunca volví a ver con vida. Me había escapado del Chango, al que me hubiera gustado matar con mis propias manos, y de Santa Fe, y de mi propio pasado, y me había venido a Buenos Aires, y había estudiado, y me había hecho policía, y creído que toda la vida iba a pasar así, entre polis y putas borrachas, pero eso no había resultado.**

**Una noche, mucho tiempo después, de guardia en una comisaría periférica, ella había entrado por la puerta descoyuntada, y yo, por supuesto, no la había reconocido. Hacía tiempo que guardaba en mi casa la Colt 45.**

**Recuerdo que había entrado para hacer una denuncia contra el marido borracho y golpeador, y ostentaba un ojo y un pómulo morados como estigmas gloriosos de una valentía que el mundo estaba determinado a no ver.**

*Yo escribía a máquina otra denuncia, algo referido a un viejito que maltrataba de palabra a su mujer –idea, seguramente, de los hijos que pretendían provocar el divorcio y hacerse con su parte de la herencia-, cuando levanté la vista y la ví.*

*Y ella hablaba con el escribiente –otro, más joven que yo pero más débil- y trataba, conteniendo el llanto, de explicarle que ella ya no podía más, que el negro borracho de mierda algún día la iba a matar, que necesitaba que la Policía la ayudara.*

*El mocoso no entendía nada –no la entendía, nadie lo había entrenado para entender, la Institución no le pagaba ni lo vestía ni lo abrigaba para que entendiera- y ella contenía valientemente la voz estrangulada, contando los hechos, las minucias, las humillaciones permanentes, los datos, los dolores de ese concubinato que ella había acogido hacía tres años en Santa Fe como la solución a un padrastro pederasta y a una madre peor que él, pero que el joven escribiente rubio que estaba ante ella mostrador de guardia de comisaría nocturna de por medio no entendía ni entendería nunca porque no estaba preparado para ello, a no ser que la vida le pegara algunas buenas patadas en el culo para que se despertara de una vez y se volviera capaz de entender el dolor por haberlo sufrido en carne propia.*

*Entonces me levanté y le dije al pibe “vaya, escribiente, sigo yo”, y me puse de pie tras el mostrador, frente a ella, y la miré a los ojos, y levanté la tapa del mostrador que le franqueaba la entrada. Y le dije “pase, señora, tome asiento”, indicándole mi escritorio, y ella se sentó y entonces me presenté.*

*-Soy el ayudante Roberto Gallo, señora. Pero la gente que me importa me dice Bigote.*

*Y ella sonrió y me miró largo, estudió mi pelo clinudo como el de ella y me reconoció.*

*-¿Beto...?- dijo, con voz suave.- ¿Beto?*

*Yo la miré sin saber cómo carajo me había llamado por el apodo que desde mi separación de mi hermano nadie había vuelto a usar nunca más para dirigirse a mí, pero mis ojos se mantuvieron mansos y no dije nada.*

*-Beto... Eh, ejem... Perdona, ayudante, pero...*

*-Yo a vos te conozco.- le dije.*

*-Yo a vos también.*

*Pero mientras le hablaba no la miraba a los ojos. Miraba los moretones en la parte alta de sus brazos oscuros, negro sobre marrón café con leche, violencia sobre la piel tersa, suave, creada para acunar niños, para apoyarse sobre unos hombros masculinos en el baile, para aplaudir de pura alegría, pero no para eso. No para llevar cardenales negros, azulados, despreciables.*

*-Vos sos Beto. Tenías un hermanito...- y, gracias a Dios, no dijo más.*

*-¡Mirta!- dije –Fue hace...*

*-Más de quince años. Vos no podías tener más de diez..*

*Entonces la miré a los ojos por segunda vez.*

*-Doce. Tenía doce. Y vos sos Mirta...*

*-Mirta Guerrero.- dijo –Vivía en la casilla 37, para el lado de la ruta.*

*-Y yo en la 11. Mirando para el corralón de Fagúndez.*

*-Beto... Betito, te decían. ¿Gallo?*

*-Gallo, sí.*

*Y la conversación siguió por esos carriles, apartando un poco los recuerdos del estupro al que la había sometido su padre, de la violación de mi hermanito, ese ángel que había conocido el infierno a los cuatro años y ahora estaba muerto, de mi cobarde huída de la villa del oeste de Santa Fe donde debiera haberme quedado para asesinar a un hombre, de los vampiros y fantasmas que poblaban mi pasado y que no quería, por lo que más quisiera no quería, de ningún modo y por todos los santos no deseaba cruzar y potenciar con los de ella, mis fantasmas y los de ella juntos, por Dios, qué pesadilla.*

*Y sí, luego de conversar y de tomar café primero y mate después, le hice firmar la denuncia y me comprometí a arreglar el asunto de ella con el tipo con el cual vivía, y sí, como a las siete de la mañana le dí un beso en la mejilla mientras mi relevo me miraba con mala cara, y me fui a casa sin sacarme el uniforme, me acosté y dormí como un bebé chiquito, sin que los vampiros vinieran a atormentarme.*

*Era feíta cuando tenía diez años, y a los veinticinco no había mejorado demasiado. Sus ojos achinados y juntos no se habían dilatado ni separado, la nariz larga y delgada seguía estando un poco torcida –recuerdo de una paliza recibida cuando era poco más que una beba de pecho- y su cuerpo continuaba teniendo las proporciones que yo le recordaba, la piernas largas y delgadas, con la longilínea solidez de una estatua griega.*

*Pero, a su modo, si dejábamos aparte su pelo como crines despeinadas y sus moretones, había logrado, de algún modo, convertirse en una mujer atractiva.*

*Mirta, por Dios, cuántos recuerdos... Los partidos de fútbol en el patio de tierra, mientras ella nos miraba, mientras el mundo se movía y se derrumbaba a nuestro alrededor, mientras mi madre se prostituía al costado de la ruta, mientras el padrastro de ella pensaba si esa noche se iba a coger a la nenita por adelante o por atrás, mientras el mío dudaba si se iba a coger a mi hermanito pegándole en la boca o sin pegarle, o amenazándolo solamente con hacerlo, y mientras yo corría detrás de la pelota –un atado de trapos viejos o acaso una caja de cartón vacía que soñábamos era la inalcanzable, celestial Pintiers blanca con una única estrella negra-, mientras yo corría detrás del sucedáneo de pelota junto con otros tres o cinco desharrapados negros sucios crinudos iguales que ella y que yo, y mien*

*tras ella, a un costado de la cancha, me miraba, tal vez de pie, tal vez sentada en la tierra, muchas veces cerca de Pablito, mi hermano, que me miraba boquiabierto como si yo hubiera sido una cruz de Van Basten con Pelé.*

*Yo la recordaba, aunque la hubiera olvidado luego durante todos esos años, y recordé aquel momento, antes de que el universo se derrumbara a mi alrededor, antes de que descubriera una mancha de sangre en los pantaloncitos mugrientos de mi hermanito Pablo, que sangraba por allí donde lo había penetrado mi padrastro, antes de que me enterara de que en el mundo había tipos que hacían el amor con sus hijastras de diez años, antes de que descubriera que algunas madres se prostituían ofreciendo su sexo como premio a los ganadores de un partido de truco, antes de que descubriera que en un sitio llamado Vietnam existían defoliantes y trampas explosivas y muchachos de diecinueve años que morían sin razón, antes de que descubriera a Vivaldi y a Brueghel y a Mozart y a Durero, antes de que descubriera que el sexo existía y que podía ser algo hermoso si no se usaba como arma o no se constituía en excusa para delinquir, allí, antes de que yo matara a veintitantos seres humanos por más o menos buenas razones, antes de todo y antes de nada, allí, en medio de la villa del oeste de la ciudad de Santa Fe. Recuerdo que, si alguien se hubiera interesado en mí lo suficiente como para dirigirme la palabra y me hubiera preguntado “Betito... ¿tenés novia?” yo hubiera contestado, con ese candor infantil que te hace poner de novio con alguien que ni siquiera lo sabe y con quien nunca hablaste del tema, la chica que te gusta y que no deseás que nunca guste de nadie más que de vos aunque nunca, nunca en la vida, ni siquiera por todo el oro del mundo vas a ser capaz de preguntarle si quiere ser tu novia, antes de todo y después de nada, si me hubieran preguntado eso, yo hubiera contestado sin dudarle y con toda la naturalidad del mundo: “Sí... La Mirta”.*

*Al día siguiente de que ella entrara por la descoyuntada puerta de la guardia de la comisaría periférica, fui a ver al tipo.*

*Mirta me había dado la dirección donde vivían, me lo había descripto con todo detalle –era en un conventillo de pasillo largo, al lado del galpón de la Asociación de Carboneros, en Venezuela entre Deán Funes y La Rioja, y no era cuestión de pegarle un susto a algún pobre vecino que no tenía nada que ver con el asunto- y me había dicho que el hombre salía más o menos a las cinco de la mañana, porque era colectivo en la línea 23.*

*Yo ya tenía la Walther P-38 por esa época, una joya histórica calibre 9 Parabellum que le había comprado a un viejo oficial retirado que pasaba un momento de necesidad. Yo la cuidaba mejor que a una mina, y, aunque a veces me resultaba difícil conseguirle munición, la llevaba a todas partes. Una parte sustancial de esa munición fue a parar, al final, a la panza o al cráneo de alguno de los violadores o pedofilicos que tuvieron la pésima suerte de cruzarse en mi camino. Yo ya tenía la Para, y esa*

*madrugada no llevé la reglamentaria –la 9 Browning, un arma con la gracia de un oso con dolor de muelas- sino la pistola que, andando el tiempo, llegaría a convertirse casi en una extensión de mi mano derecha.*

*Esperé y esperé, y, justo a la hora que Mirta me había dicho, escuché pasos en el pasillo del conventillo. Alguien salía.*

*Cuando el tipo abrió la puerta cancel, bajé el brazo. Siempre he estado convencido de que en el primer momento no supo qué le pasó, ni cómo, de haber estado saliendo por la puerta del pasillo, de repente, sin transición, había llegado de cabeza al piso, atrás del fresno enorme de la vereda, con un espantoso dolor en los huesos quebrados de la nariz y ahogándose en su propia sangre. Yo se lo podría haber explicado: sin dejarme ver, lo había tomado por sorpresa y lo había golpeado en pleno rostro con el cañón de la Walther. Podría, pero no lo hice.*

*En cambio, me arrodillé junto a él y le metí el extremo del caño en la oreja.*

*-Escuchame...- susurré – Si hacés un solo ruido, sos boleta.*

*El tipo, luchando por enfocar la vista en mi rostro, negó con la cabeza. No me veía, pues yo había tomado la precaución de ubicarme de espaldas a la luz de la calle –unas horrendas luces de yodo amarillo, que lastimaban el alma de sólo mirarlas- y el resplandor lo cegaba. Sólo veía la silueta de un hombre acucillado junto a él, y sentía el frío de una pistola en el canal auditivo.*

*-Llevate lo que quieras...- gimió el imbécil. Pensaba que lo estaban asaltando- Pero no tires... Yo soy un laburante...*

*-Vos no sos un laburante. Sos un hijo de mil putas. Escuchame bien. ¿Me escuchás?*

*El tipo asintió con la cabeza, levantando las manos para agarrarse el labio superior partido y la nariz quebrada para intentar contener el dolor sublime, demoledor que debía sentir y la larga catarata de sangre que se derramaba por el costado de su rostro y ya comenzaba a manchar la vereda.*

*Retiré un poco el caño de la Para de su oreja para que pudiera escucharme en estéreo, y proseguí.*

*-Vos te levantás de acá y te vas a hacer atender a la guardia del Ramos Mejía, ¿me entendiste? Después, cuando te hayan arreglado esa nariz, te vas a laburar o pedís el día o hacés lo que se te cante, pero a esta casa no volvés más. Tu mujer no es más tu mujer, y este conventillo no es más tu casa.*

*El tipo intentó responder –la comprensión de lo que estaba sucediendo comenzaba a abrirse paso trabajosamente en su conciencia- pero yo volví a introducir el cañón de la pistola en su oído y apreté un poco más.*

*-Oíme, Vargas, porque de lo bien que me escuches depende tu vida. Vas a laburar o hacés lo que vos quieras, porque a mí me importa un carajo. Pero como vuelvas a esta casa, o a acercarte a*

*menos de veinte kilómetros de Mirta, te mato. Te hago mierda.- lo miré a los ojos y acerqué mi cara a la suya- ¿Me creés?*

*-¿Quién...? ¿Quién es usted?*

*-No te importa. Alguien que está podrido de que le pegues a Mirta. Contestame. ¿Me creés o no?*

*El tipo asintió con la cabeza e intentó levantarse. Yo se lo permití. Me puse detrás de él, y le dí un empujón para que comenzara a caminar a mi lado, mientras se agarraba la nariz y el caño de la pistola se hundía en su costado. Vistos de lejos, debíamos parecer dos ebrios de vuelta de una noche de juerga. Pero nada de juerga: este morocho iba derecho al hospital. Un golpe con la Walther, y cirugía reparadora para uno y paz, por fin, para la Mirta.*

*De un empujón lo hice cruzar La Rioja en dirección al Ramos y, mientras se alejaba de mí, le grité:*

*-¡No te quiero volver a ver cerca de ella!*

*Acto seguido, abandonando al tipo librado a su suerte y al talento del traumatólogo de guardia, volví sobre mis pasos y entré por el pasillo del sórdido lugar en que vivía.*

*Tercera puerta a la izquierda, me había dicho, y allí me dirigí, entre el concierto de ronquidos que atronaban detrás de las docenas de puertas iguales, anónimas, tristesísimas.*

*Me detuve frente a la tercera de la izquierda, y golpeé suavemente.*

*-¿Enrique?- preguntó con voz tímida.*

*-Soy el Big... El Beto. Gallo. Abrime.*

*Y ella abrió, y allí estaba, con un batón largo y zurcido, con sus piernitas flacas asomando por debajo, y el pelo enmarañado enmarcando los ojos dormidos. En la mano todavía llevaba el mate que debía haberle estado cebando a la mierda sangrante que yo había abandonado en la calle y que ella tenía por macho. Pobrecita, no entendía nada.*

*-Roberto... mi marido recién se fue...*

*-Para no volver.- la interrumpí -Se fue para no volver. Acabamos de cruzar unas palabras.*

*Mis ojos le dijeron algo que mis labios callaron, porque se llevó una mano crispada a la boca y preguntó:*

*-¿Lo... lo mataste?*

*Negué con la cabeza.*

*-Quedate tranquila. Vine a hablar con vos para...*

*-¿Le pegaste? Sí le pegaste. Pero, Roberto... ¿por qué?*

*-Se fue para siempre, Mirta. Nunca más te va a pegar. Ahora, si vos me decís que lo querés, que me odiás por haberlo fajado y todo lo demás, yo te digo que vayas ahora mismo a buscarlo a la*



*guardia del Ramos Mejía y desaparezo de tu vida para siempre. A lo mejor, acordarse de mí hace que no te pegue tanto, o si se pone malo, lo podés amenazar conmigo...*

*Entonces ella comprendió. Comprendió que yo era un bestia, un negro policía brutal y degenerado, con un alma que se correspondía exactamente con su apariencia. Pero también comprendió que era su oportunidad de ser libre, y comprendió que, a pesar de todo, yo lo había hecho por ella.*

*-Beto... Beto...- y un par de lágrimas se deslizaron por su rostro. No lágrimas de pena o de dolor, sino de agradecimiento- Gracias.... – dijo, y, tomándome la mano, la apoyó contra su mejilla y la besó.*

*Yo pensé un instante. Paseé la mirada por la mísera habitación iluminada con una bombita de 40 watts, por la cama sin sábanas, por la vieja y desvaída foto de la madre sobre los cajones de fruta que hacían las veces de mesa de luz, y seguí pensando. Si yo hubiese sido el tal Enrique, habría pensado que el matón que me había golpeado era el amante de ella. ¿Qué hubiera hecho yo, el Bigote Gallo en su lugar? Me hubiera hecho arreglar la cara como Dios diera a entender a los médicos, me hubiera ido a vivir a otra pensión durante unos meses, y luego hubiera vuelto a saldar mis deudas cuando ella hubiera comenzado a sentirse segura otra vez, cuando hubiera empezado a pensar que yo no volvería, que todo había terminado. Y seguramente, si yo hubiera sido él, hubiera venido de noche, posiblemente borracho para darme valor, y con toda seguridad, armado, en previsión de que el gorila que me había pegado se hubiese instalado en la cama de quien había sido mi hembra, en mi propia casa.*

*Y también pensé que, si yo- yo, el Bigote Gallo verdadero –no estaba allí en el preciso momento en que el tipo apareciera a ajustar cuentas con Mirta, si yo no estaba ahí con la P-38 en la mano, mi oscura hipótesis implicaba, con una casi total certeza, una sentencia de muerte para ella. No al pedo yo era policía y cumplía guardias nocturnas en comisarías de suburbio. Había visto muchas mujeres muertas por asuntos como éste.*

*-Vestite.- susurré –Agarrá tus cosas y vestíte. Te venís conmigo. Por si vuelve.*

*Pareció entender todo de golpe. Con naturalidad, se desabrochó el batón y comenzó a cambiarse de ropa. Apenas si tuve tiempo de volverme, de frente a la puerta. En pocos instantes, Mirta había ido al baño, se había vestido y había puesto todas sus escasas pertenencias en bolsas de plástico. Finalmente, recogió la foto de su vieja, la besó y la guardó también.*

*-¿Tenés auto?*

*-No. Nos vamos en taxi.*

*Pero ahí se detuvo, pensando.*

*-Entonces tenemos un problema... Diana.*

*-¿Diana?- pregunté, estúpidamente.*

## XVIII

**-Mi perra. Tengo una perra, Diana. Duerme al fondo, en el patio, porque ladra.**

**-¿Es chiquita?**

**-Es enorme. Una pointer alta así.**

**-Entonces no podemos llevarla en un taxi.**

**-Por eso. Y no voy a dejarla, Roberto. La traje de Santa Fe cuando me vine, y...**

**La corté con un gesto. Reflexioné un segundo, y dije:**

**-Todavía es muy temprano. Hoy tengo franco. Dejás a la perra durmiendo tranquila, nos vamos en taxi, dejás tus cosas en casa y, cuando amanezca, vamos hasta la casa de un poli amigo que tiene auto, y le preguntamos si nos quiere acompañar a buscar la perra. La llevamos a mi casa, y listo.**

**Ella aún dudó un instante, y luego dijo:**

**-Bueno. Está bien.- abrió la puerta y atisbó afuera –Enrique no está.- claro que no iba a estar. A esa altura del partido, el yeso no debía ni haber comenzado a fraguar sobre su nariz fracturada, y los calmantes lo debían mantener apenas un nivel por encima del knock-out. Qué carajo iba a estar – Shhhh. No hagas ruido.- y, en silencio, salimos a la calle.**

**Y ése fue el comienzo de todo. A las ocho de la mañana, luego de que Mirta se hubiera instalado en mi casa, fuimos a ver a un poli amigo, un tal cabo Miravalle, que vivía en Rojas y Rivadavia. Yo sabía que Miravalle también estaba de franco y siempre habíamos sido muy amables el uno con el otro, así que me atreví a llamarlo y a solicitarle ese favor. Subimos a su lamentable Chevrolet 400 destrozado, y nos llevó al conventillo.**

**Yo bajé primero, temiendo que el tal Enrique nos estuviera esperando, oculto y calzado. Pero no había por qué tener miedo, con un policía con la Para en la cintura y otro más arriba del auto, con la 9 mm. bajo un asiento y una lthaka recortada bajo el otro. Además, el tipo no había vuelto.**

**La perra estaba enloquecida, en el pasillo, esperando a Mirta. La saludó con cabriolas acrobáticas, y meneaba la cola con tal fuerza que temí que se la descoyuntara contra la pared. En medio de tanta alegría –los pointers son muy perceptivos, y no dudo que, atrapada en medio de una pareja tan pero tan jodida, de las peleas y las palizas y los gritos, la perra, al despertarse y no encontrar a Mirta, había llegado a la conclusión de que su dueña había huído para siempre- se hizo un ratito para olisquearme con delicadeza y lamerme la mano a modo de saludo desdeñoso, como una princesa inglesa que tendiera la mano para que un esclavo árabe capturado en las Cruzadas se la rozara con los labios antes de ser ejecutado.**

**Y de verdad que Diana era una princesa: una pointer de pura raza de tres años de edad, de pelaje té con leche y blanco, con una trufa perfecta de color hígado oscuro y las caderas mejor construídas que yo hubiera visto en mi vida. Tenía un pecho vasto y profundo que ascendía en una gracia**

*sa y delicada curva hacia el abdomen musculoso y magro, y una actitud vivaz e inteligente que parecía desear ser llevada al campo a hacer su trabajo..*

*Cuando la subimos al auto de Miravalle, el muchacho sólo atinó a decir “pero che, que hermoso animal”, para luego poner el coche en marcha y conducirnos a mi casa.*

*La perra descubrió en seguida la escopeta oculta bajo el asiento: sus genes de cazadora asociaron el arma con el placer de cobrar la presa. Meneó la cola y se sentó en el asiento trasero junto a Mirta, para pasar el resto del viaje observando con displicencia la ciudad que se desplegaba frente a ella.*

*Cuando llegamos a casa, eran cerca de las nueve. El sol entraba a raudales por las dos ventanas, y me dispuse a preparar el desayuno.*

*Pero Mirta no me dejó. Me abrazó y apoyó la cabeza sobre mi pecho.*

*-No, Roberto. No prepares nada. Estoy muy cansada. Quiero dormir un rato.*

*Yo no tenía más que mi cama, una vieja cama de roble de dos plazas y media, y se la ofrecí. La dejé sola en el dormitorio y me fui a la cocina, seguido por la perra, que parecía sentirse tan a gusto en su nuevo hogar como en cualquier otra parte del planeta. “El mundo es mi hogar”, parecía decir, “y no seré extranjera en ningún sitio”. Mirando su perfecta apostura y su belleza, absolutamente libre de defectos, bien se sentía uno inclinado a creerle.*

*Mientras yo pensaba qué podía darle de comer a Diana, la voz de Mirta me llamó desde mi pieza.*

*Estaba totalmente desnuda, sobre las sábanas.*

*-Esta cama es muy grande para que duerma una mujer sola y angustiada. Vení.*

*Mi respuesta fue una de las peores que recuerdo haber dicho:*

*-No, Mirta. No lo hice por eso. Pagame con una sonrisa. Esto no hace falta.*

*-Ya lo sé, tonto. ¿Creés que no sé por qué lo hiciste? Y no estoy pagando. Me estoy cobrando. Cobrando lo que alguien me quitó. Hace mucho. Tal vez yo misma.*

*Hice el amor con ella, con la luz de la mañana iluminando su cabello. Acaricié su rostro feo y atractivo. Besé las marcas de los golpes, las heridas, la multitud de pequeñas quemaduras de cigarrillo en la cintura, en los pechos, alrededor del sexo. Temblé ante la idea de su vergüenza, tendida en una camilla anónima, mostrando esas mismas quemaduras a un frío médico legista, si yo no hubiese estado en mi puesto aquella madrugada, en la comisaría.*

*Cuando despertamos, cerca del mediodía, ya estaba convencido de que siempre la había querido, desde pequeño, y de que mi casa era el sitio donde ella debía estar.*

**Conmigo.**

**Y con su perra.**

**Vivimos juntos y en paz un año y medio, tiempo más que suficiente como para que yo comenzara a sentir que, más que quererla simplemente, me estaba enamorando de ella.**

**Cada cierto tiempo llevábamos a Diana a cazar al campo de un viejo amigo de mi secundaria, Daniel Neuah. Neuah tenía cuatrocientas hectáreas en Daireaux, en la provincia de Buenos Aires, aparte de algunos caballos y un gran galpón donde guardaba postes de quebracho, torniquetes de alambrado y otras mercancías. A veces íbamos solos Mirta, Diana, Neuah y yo en la camioneta de él; otras veces invitábamos a Miravalle o a un cadete cuatro años más joven que yo, a punto de convertirse en oficial de policía. Se llamaba Giménez, pero todos le decían Zanahoria por su pelo rojo.**

**La perra, que nunca en su vida había visto el campo abierto, se comportó, desde el mismísimo momento en que bajó de la pickup por primera vez, como si desde su nacimiento no hubiera hecho otra cosa que señalar y cobrar perdices y otras volátiles: cuando se la llevaba al campo, comenzaba a recorrerlo en zigzag a toda velocidad, ampliando el radio de búsqueda, como sólo los perros muy bien adiestrados son capaces de hacerlo. Cubría superficies enormes en lapsos ínfimos, con una eficiencia muy superior a la de los tres perros de Neuah, que habían nacido allí y habían cobrado caza durante todas sus vidas. Diana había nacido en una villa miseria y había crecido en una habitación de conventillo en medio de una gran ciudad, pero, apenas había visto un campo, había comenzado a trabajar como una profesional.**

**Cuando advertía a una presa en la maleza, se ponía inmediatamente en posición de marca. Su trufa señalaba hacia el matorral donde se ocultaba la perdiz, una mano elevada en el aire, con la pata semiflexionada en la actitud de dar un paso, como un fotograma congelado en un filme. Es que eso es en realidad la posición de señalar: el animal descubre la presa y se queda inmóvil a fin de no espantarla. Tan inmóvil, que uno creería que se ha muerto si no lo viese de pie.**

**Luego, ante nuestra orden –“¡Levante, Diana!”- la perra se abalanzaba hacia la sorprendida perdiz, para obligarla a tomar vuelo. Era, entonces, el turno del cazador.**

**Tan profesional era el trabajo de Diana que, algunas veces, cuando por distracción o torpeza, alguno de nosotros erraba el tiro y la perdiz lograba huir, la perra se apartaba de nosotros observándonos con desprecio y no respondía a nuestro llamado ni se daba por aludida si le mostrábamos comida. Buscaba un sitio tranquilo y se sentaba a la sombra. Era evidente que pensaba que era demasiado buena para nosotros.**

**Y lo era.**

*Pero un día, Diana escapó de casa. Mirta y yo la buscamos desesperadamente durante una hora y media, sin resultado.*

*Desalentados, volvimos a esperar novedades.*

*Sin embargo, rato después, sonó el timbre de la puerta.*

*Mirta corrió a abrir, y cuál no sería su sorpresa al descubrir a Gentile, el propietario del taller mecánico del barrio. Traía en la mano el extremo de una sogá. Diana estaba en el extremo opuesto.*

*-¡Diana! ¿Dónde te habías metido? ¡Mamita sufrió mucho...!- exclamó Mirta.*

*-¡Lucio...!- dije yo. Conocía muy bien a Lucio Gentile -¿Dónde...?*

*-En el taller, Bigote.- dijo el tipo -La encontré con Cheto, en el galpón...*

*El alma se me cayó a los pies. No, Dios, no podía ser. ¿Diana? ¿Mi Diana, mi princesa, la lady que les enseñaba a cazar a los perros de los cazadores, de gustosos festejos con... Cheto? ¿Con el perro del mecánico? ¿Con el sujeto que se solazaba pasando las horas en la fosa de engrase, cubierto de lubricante desde el rabo hasta el hocico? No, no, Señor. No mi niña. No mi perrita. Ese hombre estaba confundido.*

*Sin embargo, la cabeza gacha de la perra y su mirada culpable me dijeron que Gentile no estaba confundido en absoluto. Había descubierto a Cheto y a Diana en algún conato de actividades non sanctas y, en nombre de la amistad que nos unía, había tomado la sogá, separándolos a tiempo para que no...*

*-¿Habrás...- comencé, incómodo. Era una de esas preguntas de las que uno no quiere escuchar la respuesta, pero que es imperioso formular- ...habrás llegado a tiempo para que... que no...?*

*El gordo bajó la mirada, compungido. Su labio inferior se curvó como el de un bebé a punto de comenzar a pucherear.*

*-Me parece que no, Bigote.*

*-¿Qué no qué?*

*-Que no llegué a tiempo.*

*-¿Cómo?- bramé -¿Cómo que no llegaste a tiempo? ¿Qué estabas haciendo de importante? ¡Contestame!*

*-Estaba en la fosa, bajando una caja de cambios. ¿Qué te creés? ¿Qué estaba en Aruba, tomando un daiquiri, y que me sobraba el tiempo para vigilar la cachucha de tu perra? Hubieras empezado por no dejarla escapar, y santo remedio.*

*Me calmé un poco. Mirta estaba demasiado contenta por haber recuperado a la luz de sus ojos, y no se daba cuenta de las implicaciones del asunto. Además, para su suerte, nunca había visto al tal Cheto.*

*Cheto era un mutante repulsivo, un engendro indescriptible, ganador de la lotería de los genes caninos no deseados. Los cromosomas sobrantes de ocho generaciones de perros, aquellos que portaban las taras más estigmáticas de su especie, se encontraban todos reunidos en él.*

*Era una especie de mangosta, pero no, porque las mangostas son elegantes y aerodinámicas. Se parecía un poco al bilibrambo de King, pero tampoco, porque los bilibrambos son inteligentes y hablan, y Cheto no sabía siquiera reaccionar a su propio nombre. Tenía cabeza de cabra, pelo de rata, tórax de loro, vientre de cerdo, patas de mula, ojos de pulpo y cola de víbora. Repugnaba la vista, y, además, era sucio, torpe y se tiraba pedos. Era una mierda de perro.*

*-No me digas que tu mierda de perro...*

*Gentile asintió, entristecido.*

*-No quiero que me digas que tu cagada de perro...*

*Gentile volvió a asentir, conturbado.*

*-No quiero ni pensar que tu asco de perro...*

*-Cuando entré al galpón lo estaban haciendo.*

*Mi subconsciente de padre me traicionó.*

*-Y Dianita lo estaba mordiendo, seguro. La estaba violando.*

*-“Dianita” jadeaba tranquilamente y parecía muy contenta. No movía la cola porque la tenía para un costado.- dijo Gentile –No lo quería dejar salir. Para separarlos lo tuve que llamar al Turco, y, tirando uno de cada uno, los pudimos hacer largar.*

*Bajé la mirada y encaré a Diana.*

*-¿Te parece bonito?*

*El rostro de la perra parecía decir que sí.*

*Y sí, adivinaron. Al poco tiempo descubrimos que la pointer estaba preñada del perro del mecánico.*

*Cuando Diana comenzó con el trabajo de parto, las cosas entre Mirta y yo ya no estaban tan bien como solían.*

*Peleábamos mucho, un poco por culpa mía, que había comenzado a deprimirme y a mostrarme obcecado e intratable, y otro poco por ella, que sentía que la pareja se estaba convirtiendo en una relación paternalista y asimétrica. A esas alturas, habíamos comprendido que lo nuestro no era amor y que nunca lo había sido, sino sólo el abrazo de dos náufragos abandonados que nos habíamos afe-rrado el uno al otro para no morir. El peligro de morir de pena y soledad había pasado, y nuestra convivencia ya no parecía tan hermosa. Cuando uno se ahoga cree amar a ese tronco flotante al que se abraza con toda su fuerza. Una vez a salvo en la playa, abrazarlo ya no parece tan atractivo.*

*Diana resultó tener cuatro cachorros en el vientre. El primero de ellos quedó trabado en el canal de parto, y fue necesario practicarle una cesárea.*

*Tres de los cachorros no lo lograron. El cuarto se quedó conmigo.*

*El mismo día en que operamos a la perra, y la llevamos a casa para que amamantara al cachorrito, Mirta decidió que debía irse. Había llegado a la conclusión de que la única solución para su vida era la separación.*

*De modo que juntó sus cosas, las puso en un taxi –cómo da vueltas la rueda de la vida- y se marchó a una pieza de pensión.*

*Por cierto, no podía llevarse consigo a Diana y al cachorro, así que me los dejó, con la promesa de volver a buscarlos cuando encontrara un sitio mejor donde vivir.*

*Nunca volvió.*

*Pero ahora mis problemas eran otros: yo era policía, hacía guardias, me tiroteaba, raras veces me encontraba en casa. Y la perra acababa de salir de cirugía, tenía un bebé de horas, había que prepararle el alimento, hacerle las curaciones en la herida... Estar con ella, en suma. Y yo no podía.*

*Así que tuve que tomar una decisión difícil: por su bien y el del perrito, tenía que darlos. Entregarlos en adopción. Por el cielo que amaba a esa perra, pero no podía conservarlos.*

*A los dos días hablé con Gentile, el mecánico y proxeneta de mi Diana. Y lo convencí. El trato fue que él cuidaría a mis dos perros y yo me haría cargo de su manutención. Sólo le preocupaba que el Cheto se aprovechara de mi complaciente amiga y que la familia comenzara a aumentar fuera de control, pero le expliqué que con la cesárea le habían practicado una histerectomía radical. Diana no volvería a tener cachorros.*

*Una tarde de agosto, se los llevó.*

*Y yo lloré.*

*Pero, a las tres de la mañana, escuché un ruido.*

*Algo rascaba la puerta.*

*Scratch, cratch, cratch. Scratch, cratch, cratch.*

*Cratch, cratch.*

*Me levanté con cautela y escuché.*

*Scratch, cratch, cratch.*

*Era ella. Temblaba de frío, pero cuando abrí la puerta movió la cola cansadamente y me mostró lo que traía en la boca: su cachorrito recién nacido.*

*La princesita, mi princesa, había decidido que la compañía del vulgo –Gentile y Cheto- no era para ella, y había tomado su decisión.*

*No es cierto. Había regresado porque me amaba, porque mi casa era su casa, porque quería que el cachorrito creciera bajo mi supervisión y porque todo en la casa, tal vez incluso yo mismo, le recordaba a Mirta. Estoy seguro de que nunca llegó a olvidarla del todo.*

*Abrí la puerta y la dejé entrar. Cansada como estaba, sólo atinó a echarse en el zaguán y a dejar caer a la cría, ciega aún y sorda, sobre los baldosones amarillos.*

*La altura a la que abrió las mandíbulas era algo excesiva, y el perrito se estrelló contra el piso con demasiada fuerza, con un ruido sordo. Clack. Sorprendido por el súbito contacto de la superficie fría, el cachorro tragó en seco, y el ruido de su garganta fue claramente audible en el silencio de la noche:*

*Glup.*

*Tan gracioso resultó aquel sonido, que el destino del cachorro quedó sellado. Nunca tuvo otro nombre. Desde aquél momento y para siempre, su nombre fue Glup.*

*Glup no creció como una mascota mimada e inútil. Glup fue mi perro, y mi perro iba a ser mi compañero, mi socio e iba a trabajar para ganarse la vida. Lo entrené, lo cuidé y lo mimé.*

*Cuando Glup tenía cuatro meses, la conducta de su madre comenzó a cambiar. Depresión postparto, extrañaba a Mirta... no lo sé. Preferí pensar que añoraba la caza, el placer de recorrer el campo entre los acres humos de la pólvora, la levantada y el cobro, trabajando en equipo con los hombres, cumpliendo una labor que adoraba y para la cual, en definitiva, había sido creada. El viento en el hocico, la perdiz muerta o herida, y el campo con su geografía dibujada entre el horizonte y las nubes: el espacio en donde Diana podía ser fiel a su naturaleza de predador sutil y preciso.*

*Pensando en hacer una prueba, pero convencido de que el cambio iba a ser definitivo, llamé por teléfono al Flaco Neuah y le propuse obsequiarle la perra. Me quedaría con el cachorro, lo entrenaría y le daría a él la perra. Pueden imaginar la alegría del hombre. Gaucho judío, con mucha experiencia cinegética, sabía, comprendía y valoraba los talentos de un perro de tal calidad como Diana; no hizo falta insistirle mucho para que la viniera a buscar.*

*La princesa vivió feliz en el campo de Daireaux por cuatro años más. Luego contrajo el moquillo. Así rindió su alma, en Daireaux, Provincia de Buenos Aires, a la edad de ocho años, Diana, mi perra pointer, la criatura más espléndida que Dios hubiera puesto jamás sobre la Tierra para disfrute y alegría de los hombres.*



*Espero que haya muerto en paz. Espero que haya sido feliz. Sólo lamento no haber estado allí para darle un beso en el momento final.*

*No sé muy bien cómo podría describir a Glup. Ciertamente no era una persona, porque las personas están atadas a sus costumbres, a sus razonamientos, a sus culturas y a sus tabúes, y el raciocinio tapa, oculta, enmascara y luego anula su modo natural de vivir, su instinto natural.*

*No, por cierto, Glup era más que una persona: era mejor, era superior. Era un animal, perfecto en sí mismo, sin nada de sobra ni que echar en falta.*

*Siempre me ha parecido que los animales tienden a heredar más rasgos de la madre que del padre, y creo que con Glup ocurrió eso: a los ocho meses de edad, podían advertirse en él las características esenciales de Diana.*

*El modo de pararse, la elegancia al caminar, la sutil inteligencia que le hacía elegir siempre la opción correcta entre los múltiples estímulos que yo le ofrecía; la perseverancia, la obediencia, la sensibilidad, todas ellas eran notorias herencias de mi princesa de cuatro patas.*

*De su padre había heredado el don de gentes, la capacidad de calibrar en un instante la catadura moral del interlocutor –cualidad esencial para los perros atorrantes–, esa especie de sexto sentido que les permite intuir el talante del humano, es decir, si están a punto de recibir una galleta o un coscorrón.*

*Físicamente, tenía más de pointer que de perro de mecánico. El noble stop del rostro de su madre, los mismos ojos lánguidos pero atentos. El pelaje, en cambio, había recibido los genes de su padre: Glup no tenía las machas té con leche limpias y netas de Dianita, sino un color más sucio, más parejo, más de barrio, concebido para el mimetismo urbano, para volverlo invisible entre los grises del cemento y del humo del gasoil, no para pasar inadvertido la inspección de la perdiz asustada.*

*Glup aprendió rápido. Quise hacer de él un perro de caza y lo logré, fútil orgullo. Porque no lo logré porque yo hubiera hecho de él un perro de caza, sino porque Glup era un perro de caza. Diana era una especialista, ya lo he dicho, y Cheto era, a su modo, un perro ratonero profesional: sin él, el taller de Gentile hubiera parecido Hamelin. Tal vez tuviera entre sus genes los de algún terrier.*

*Glup cazó mucho, rápido y bien, nunca en el campo de mi amigo Neuah, adonde jamás lo llevé, sino en algunos campos de otros amigos, policías, abogados penalistas... y de algún delincuente amigo mío.*

*Apenas cumplido el año de edad, Glup caminaba a mi lado sin necesidad de decirle junto, con el rostro apenas adelantado con respecto a mi rodilla izquierda, en una posición perfecta.*

*Al año y tres meses, durante su entrenamiento venatorio, era capaz de traerme una salchicha arrojada lejos sin morderla ni masticarla, depositándola a mis pies con la disgustada expresión de la*

*persona gorda a quien se le ha prohibido tomar el manjar que más le apetece. Sufría en silencio, pero las traía. Lo mismo haría más adelante con las perdices. Su espíritu, lleno de elevado sentido del deber y el sacrificio, aún habría de dar muchas más muestras de excelencia.*

*Glup sabía todo de todos: si el hijo de algún amigo invitado a mi casa lo temía, el animal se daba cuenta de inmediato y no se acercaba al niño más que disimulada y lentamente, ofreciéndole siempre el dorso para no asustarlo con la exhibición de sus colmillos. El chico, por fóbico que fuese, siempre terminaba jugando con Glup y resistiéndose a separarse de él.*

*Si yo estaba triste o preocupado, Glup comprendía bien pronto la situación y desplegaba su muestrario completo de monerías, trucos y pruebas: caminar en dos patas apoyándose en la pared como los ciegos, saltar desde la silla y aterrizar limpiamente sobre el lomo con expresión de cómica sorpresa –“¿dónde fue a parar este perrito?”-, atender el teléfono y ladrar en el micrófono, hacerse el muerto y resucitar de inmediato, sólo para traerme en la boca su plato vacío...*

*Glup era un perro excelente. Trabajábamos en equipo –desde mi punto de vista- y en jauría – desde el suyo-. Nunca discutió mi lugar de jefe –del equipo- o de macho alfa –en la jauría-. Nunca hube de castigarlo. Era perfecto. Y yo lo adoraba.*

*Además de todas sus virtudes, Glup tenía un coraje a toda prueba, y a esa valentía, a ese frío y cínico desprecio británico que siempre manifestó por la muerte, le debo mi vida. Sí: Glup me salvó la vida no una, sino dos veces.*

*La primera vez fue cuando el Profanador de Tumbas me encontró. El Profanador era un muchacho de unos veinticinco años que había decidido recorrer otra vez el camino de Cayetano Santos Godino, el Petizo Orejudo.*

*El Profanador llevó a cabo siete crímenes muy sonados en época de la dictadura militar: se especializaba en asesinar niños de las maneras más viles que imaginarse pueda.*

*Yo lo había investigado a lo largo de los cinco años de su carrera criminal, y había averiguado que el Profanador acudía a los velorios o a los entierros de sus víctimas, sólo para asegurarse de que estaba muerta y de que iba a ser enterrada según a él le parecía adecuado.*

*Sin embargo, el Profanador estaba loco pero no era idiota, y, si al rondar por las cercanías del velatorio o del cementerio veía demasiados hombres, o mucha vigilancia, o si, de cualquier modo decidía que la visita póstuma a la víctima era demasiado peligrosa para él, entonces la dejaba sin efecto y la posponía. Tiempo después, visitaba la tumba para prodigar sus últimos homenajes al niño o a la niña muerta.*

*En realidad, comencé a investigarlo por esta costumbre: al principio no lo relacioné con los homicidios, sino que trabajé sobre algunos extraños casos de profanación.*

*Y mi investigación no fue inútil: cuando comprendí que todas las víctimas de profanación habían sido también asesinadas, me puse en contacto con un psicólogo policial que elaboró el perfil del homicida.*

*Y tan bueno resultó ser su trabajo, que pude arrinconar al Profanador entre el paredón de la Chacarita y las vías del ferrocarril. Pero la noche terminó mal: en un momento de la lucha, mientras pugnaba por quitar mi Parabellum de las manos del asesino, la pistola se disparó y recibí un impacto en pleno pecho que me envió de espaldas al piso. Un proyectil de 9 mm. a corta distancia no es ningún chiste, pero la alta energía de la bala la hizo penetrar y salir por la espalda, luego de haber atravesado el pulmón izquierdo.*

*El Profanador, creyéndome muerto, no se molestó en rematarme –si yo moría, visitaría mi velorio, mi entierro o mi tumba para darme el último adiós- y huyó por los pajonales, dejándome abandonado.*

*Yo, por supuesto, me desmayé.*

*Cuando desperté, aún tirado en el pastizal a orillas de las vías, sentía una gran opresión en el pecho y el rostro mojado.*

*Lo de la presión en las costillas podía ser normal para un tipo con un balazo en un pulmón, pero... ¿la cara mojada?*

*Slamb. Slamb.*

*Alguien me pasaba rudamente un trapo húmedo sobre la cara.*

*En la niebla de la hemorragia que estaba sufriendo, sentí un ladrido, muy cerca de mi oído, pero lejano y apagado por la abulia y el embotamiento de la gran pérdida de sangre.*

*“¿Glup?” pensé, incrédulo. Pero no, no podía ser. Si bien yo vivía en Agronomía, no tan lejos del cementerio, había dejado al perro dentro de mi casa, a más de dos kilómetros de distancia, con las puertas y las ventanas cerradas.*

*Pero no había dudas: un perro estaba sentado sobre mi pecho, un perro grande, a juzgar por el peso, y me lamía el rostro, intentando hacerme reaccionar.*

*Quise mirarlo a través la niebla que me nublaba los ojos y sí, se parecía a Glup, el mismo pelo gris ratonil, la misma mirada divertida pero concentrada.*

*Intenté moverme, pero el perro no me dejaba. Estaba totalmente apoyado sobre mi pecho.*

*Yo había dejado el auto sobre la calle Elcano, no demasiado lejos, quizás ochenta metros, pero una distancia desmesurada para el herido grave en que yo me había convertido. Pero en el auto*

*había una radio, y esa radio policial era esencial para mi supervivencia. Necesitaba con urgencia tres cosas: la radio, una ambulancia –o mejor un helicóptero- y un excelente cirujano de tórax. Sin ellas, perro o no perro, en una hora estaría muerto.*

*Todavía no estaba seguro de que el perro fuera Glup –si lo era, no acertaba a explicarme qué carajo estaba haciendo allí o cómo había llegado-, pero la cuestión era secundaria con respecto a mi escala de prioridades. Tenía que alcanzar el auto y avisar a la central.*

*-Glup, correte.- dije. Intenté girar sobre un costado, y el animal comprendió que quería moverme y descargó su peso de mi cuerpo. –El auto, Glup. El auto. –Los perros no conocen los celos, y esperaba de todo corazón que ese animal no se ofendiera porque yo lo llamara por un nombre ajeno. – El auto...*

*El bicho se afirmó sobre sus cuatro patas y pareció reflexionar sobre mi pedido. ¿Entendía lo que yo le decía? Estoy seguro de que no. Los perros sólo conocen una palabra de cualquier idioma humano, su propio nombre. Pero entienden de olores, de tonos de voz, de sensaciones, y ese animal tenía que darse cuenta de que me estaba muriendo, de que mi problema estaba en el pecho –había estado comprimiéndolo por instinto- y también debía saber que sólo yo podía indicarle cómo ayudarme, por lo cual me había estimulado a lengüetazos hasta hacerme reaccionar.*

*-Allá.- dije, señalando en la dirección en la que había dejado el vehículo –Allá...*

*El animal dio dos pasos, y se volvió a mirarme. Con esfuerzo le tendí los brazos, y entonces, súbitamente, entendió. Volvió hacia mí, bajó la cabeza, y permitió que me tomara de su cuello, abrazándolo con firmeza y desesperación. Estaba determinado a arrastrar mis ochenta y pico de kilos hasta donde yo quisiera.*

*Cuando comenzó a llevarme hacia la calle, apoyé el rostro contra su cuello y respiré todo lo profundamente que mi único pulmón funcional me permitía. Era Glup. No existía duda. Tenía el olor del jabón de glicerina con que yo acostumbraba bañarlo. Volví a inspirar el extraño perfume –jabón de glicerina, sudor, sangre- y estuve a punto de volver a perder el conocimiento.*

*-Glup...- murmuré. El perro respondió con un gruñido impaciente y siguió adelante, clavando obstinadamente las uñas en la tierra seca, llevándome hacia la salvación.*

*Cuando volví a despertarme, estaba tendido en la vereda, junto a mi auto. Glup me tiraba de la manga.*

*La llave. La llave. ¿Dónde estaba la maldita llave? La radio estaba a mi alcance, bajo el asiento, pero primero tenía que recordar dónde estaba la llave y abrir la puerta del coche.*

*Conseguí volver la cabeza y mirar hacia atrás. Un horrendo reguero de sangre salía de entre los pastos y cruzaba la acera hasta donde yo estaba.*

*“Si no encontrás esa llave, sos boleta, Bigote”, me dije.*

*El bolsillo de atrás. El llavero estaba en el bolsillo de atrás del pantalón. Utilizando la mano derecha, conseguí sacar la llave. Ahora tenía que introducirla en la cerradura y hacerla girar.*

*Llamé al perro, y el animal apoyó las patas delanteras sobre la ventanilla del conductor, irguiéndose y ofreciéndome su cuerpo como rampa para que pudiera incorporarme un poco y abrir la puerta.*

*Lo intenté, tomándome de su cuello con la mano izquierda, y comencé a tratar de meter la llave en el pequeño orificio. Pero mi mano derecha estaba resbalosa por la sangre, y dejé caer el llavero. Aterrizó sobre la calle, entre el cordón de la vereda y el neumático del auto.*

*El mundo se convirtió en un millón de moscas negras que danzaban ante mis ojos.*

*Glup se bajó y sentí que depositaba el llavero en mi mano abierta. Volvió a pararse en dos patas, y yo intenté recomenzar la tarea.*

*Mucho, mucho, mucho tiempo después, la puerta se abrió, tendí la mano a tientas, buscando el transmisor, y me hundí en una misericordiosa inconsciencia.*

*Tenía ganas de toser, pero sabía que si lo hacía, el dolor iba a ser enorme.*

*Luz blanca, habitación blanca, sábanas blancas. Un rostro blanco que se volvió hacia mí y se acercó de inmediato.*

*-Subinspector...- dijo la enfermera -¿Se siente bien?*

*-Quiero toser...*

*-Si quiere toser, tosa. Le va a doler, pero no se le va a reventar nada. El doctor Rey conoce su oficio.*

*Estaba en el Churruca. Tenía que estar en el Churruca. Pero ¿cómo había llegado hasta allí? El perro podía haberme arrastrado sesenta metros, pero no haberme llevado a pulso hasta Parque de los Patricios, en el otro extremo de la ciudad.*

*Me habían operado, pasado un millón de transfusiones, y, al día siguiente, me había despertado.*

*Más tarde, pude reconstruir lo sucedido, por lo que encontré en las ventanas y el sobrecogedor relato de los testigos.*

*Para simplificar, vamos a decir que el Profanador me pegó el tiro con mi propia pistola a unos dos mil metros de mi casa. El perro estaba encerrado en ella, y yo tirado en un baldío con un agujero en el pulmón.*

*¿Cómo lo supo? No podría decirlo. Lo supo y con eso es suficiente. ¿Escuchó el disparo con el fino oído de su madre? ¿Olió el olor de mi sangre traído por el viento y decidió que yo necesitaba ayuda? Elijan la hipótesis que más les guste. Pero comprendió que debía ayudarme, y lo hizo.*

*Las ventanas del comedor, de casa antigua, tenían vidrio repartido y, por afuera, celosías de tablillas de madera.*

*Glup rompió el vidrio de una de ellas a cabezazos –tenía tres cortes que necesitaron sutura y que siempre exhibió como heridas dignas de orgullo- y luego arrancó a mordiscones las maderitas de la celosía hasta producir un orificio que le permitiera salir.*

*Cruzó Chorroarín, corrió veinte cuadras, y consiguió despertarme.*

*¿Qué sucedió luego de que me desmayé junto a la puerta abierta del Opel?*

*Una pareja apareció, caminando rápidamente en el aire frío de la madrugada. El espectáculo debe haber sido bastante impresionante. Un auto viejo estacionado junto a la vereda, con la puerta abierta, un hombretón despatarrado junto a él, en medio de un lago de sangre, y un perro mestizo gris a su lado.*

*Más tarde, el muchacho, Antonio Gardina, testimonió que tanto él como su novia se asustaron mucho y pensaron que el hombre –yo- estaba muerto. Intentaron cruzar la calle, pero el perro se los impidió, rodeando el auto e interponiéndose entre ellos y cualquier posible vía de escape. Había pensado que, a falta de mí, cualquier otro humano era bueno para salvar la situación, y ahora que estos dos habían aparecido, no iba a dejarlos escapar.*

*Con un par de ladridos nerviosos los empujó hacia mí, y mantuvo una estricta vigilancia sobre el hombre mientras éste me revisaba y descubría que yo vivía.*

*Entonces Glup hizo algo increíble: el hecho definitivo, demoledor, que fue lo que me salvó la vida.*

*El transeúnte no era competente para ayudarme, y el perro, de algún modo, lo sabía. También sabía que mi último acto consciente había sido tratar de alcanzar la radio. Su aguda mente relacionó los dos hechos y, tomando el transceptor de debajo del asiento del auto, lo depositó a los pies de la mujer, subrayando sus intenciones con otro ladrido.*

*La mujer llamó al muchacho, y entonces Glup recogió el handy, se lo dio al tipo, y le ladró hasta que el hombre encontró el botón de encendido y escuchó al despachador de la frecuencia policial. De esa manera obtuvieron ayuda para mí, y, treinta minutos más tarde, yo estaba con el pecho abierto en un quirófano del Complejo Médico Policial Churruca-Visca. El perro no había permitido que nadie lo separara de mí, y había apoyado su punto de vista con gruñidos y furiosas dentelladas a cada persona que intentaba hacerlo bajar de la ambulancia. Sin embargo, a la médica y a los dos enfermeros que me habían puesto el oxígeno y me estuvieron atendiendo, ni siquiera les ladró.*

*Sólo se dio por vencido cuando a mí me metieron en la sala de operaciones y la jefa de piso del Churruca llamó a algunos efectivos de la División Perros, que supieron cómo tratarlo y tranquilizarlo, le dieron de comer y lo llevaron a su cuartel para que el veterinario le curara las heridas. Uno de ellos me dijo, tiempo después, que Glup tenía reservado un puesto en la Policía para cuando él o yo lo decidiéramos.*

*¿Y el Profanador de Tumbas? Por el momento desapareció, y no volvió a matar. Dos años después, un policía salteño –Claudio Tombari- le metió un plomo en la cabeza cerca de La Tablada. Yo volvería a oír hablar de Tombari mucho tiempo después, cuando fui a parar a la Delegación Salta de la Policía Federal, en el episodio que me valió el despido y la baja.*

*La segunda vez en que Glup me salvó la vida fue cuando los dos negritos me asaltaron.*

*Era de noche. Cuando intenté entrar a la casa, dos tipos con pasamontañas salieron de detrás de un camión y me encontré con el frío de un arma contra las costillas.*

*Yo estaba desarmado, y tal vez eso me salvó la vida aquella noche. Eso y Glup.*

*Los desconocidos me empujaron al interior de mi casa, me hicieron poner de rodillas y comenzaron a revolver todo. Buscaban dinero para drogas, porque sólo eran dos rateros. Pero yo sabía que en cuanto encontraran la Browning 9 y la credencial de policía me fusilarían. Los únicos ladrones que no fusilan a los policías indefensos son los policías que se dedican a robar, porque, después de todo, no se mata a los colegas. Pero los ladrones ortodoxos sí te matan, porque la calle, de noche, es una guerra.*

*Así que me quedé arrodillado, con las manos sobre la cabeza, mientras uno de los tipos me vigilaba –con un S&W .38- y el otro ponía la casa patas arriba.*

*Mientras los chorros destrozaban mis cosas, yo me devanaba los sesos pensando dónde estaría el perro. Normalmente, cuando yo entraba a la casa, él venía hacia mí alborozado, fustigando muebles y paredes con la cola, en un estilo idéntico al de Diana.*

*Pero esta vez no había aparecido por ninguna parte. Yo agradecía que así hubiera sido, porque estos dos negritos drogados muy bien hubieran podido matarlo por principio. O se había escondido, o estaba esperando su oportunidad.*

*Las dos cosas: cuando el que revisaba encontró mi chapa y mi pistola, y descubrieron que yo era policía, las cosas se precipitaron:*

*El chorro se precipitó hacia su compañero gritando “¡Es rati! ¡Es un rati!”;*

*El compañero se precipitó hacia mí apuntándome a la nuca, en el prólogo de la ejecución más veloz de la historia;*

*Glup se precipitó dentro de la habitación a través de la puerta que daba al fondo, que los dos imbéciles tenían abierta, dando un salto que no hubiera resultado excesivo para un puma de noventa kilos;*

*Aprovechando la sorpresa de los dos ladrones, yo me precipité sobre el que tenía más cerca, arrebatándole el revólver mientras el tipo estaba ocupado tratando de que Glup no le arrancara el cuello de una dentellada.*

*Cuando yo agarré al hombre y rodamos por el suelo, Glup lo soltó y atacó al restante: me enorgullece pensar que mi perro estimó que yo podía arreglármelas solo contra un ladrón drogado, de un peso inferior al mío en más de treinta kilos.*

*El mío, como dije, ya estaba desarmado: su revólver había volado y ahora estaba fuera de nuestro alcance, debajo de una cómoda.*

*Pero perdí el control por un segundo, y el tipo atinó a embocarme un soberano puñetazo en el estómago, que me quitó el aire y me dejó anonadado.*

*Su compañero levantó la 9 milímetros para pasarme al otro barrio, pero Glup atacó el brazo armado sin vacilar.*

*Glup sabía lo que eran las armas: había oído disparos miles de veces, y sabía muy bien lo que le pasaba a una perdiz alcanzada por una perdigonada de 12 en pleno vuelo, porque él había cobrado muchas de ellas para mí.*

*Glup sabía que las armas sacaban sangre, causaban graves heridas y dolor y muchas veces provocaban la muerte, o sea que no atacó el brazo armado del ratero por inconsciencia o ignorancia: lo hizo porque se sintió capaz de desviar el tiro y salvarme la vida, y, como todos los buenos perros, porque pensó que su sacrificio no valía nada comparado con mi seguridad.*

*Glup, en efecto, consiguió aferrar la muñeca del delincuente y el tiro salió bajo y rebotó en el piso; para ese entonces, el ladrón restante y yo corríamos hacia direcciones opuestas: yo, en un impulso, golpeé al que tenía a Glup colgado del antebrazo, porque temí por la vida de mi perro. Le arrebaté la pistola y le pegué un tiro en el abdomen. El negro cayó despatarrado como un títere con los hilos cortados.*

*Mientras tanto, el otro ladrón había recogido su revólver y ahora estaba haciendo puntería como se debe, apuntando al torso y no a la cabeza, a efectos de exterminarme de una vez y acabar con el gigantesco error que había significado tratar de asaltar al Bigote Gallo y a su perro.*

*Cuando yo le quité la pistola al mío, Glup se abalanzó sobre el del revólver que me apuntaba: una décima de segundo más y yo estaría muerto.*



*Lanzando un monstruoso tarascón de cualquier manera, el perro sólo consiguió aferrar el arma y parte de la mano que la sostenía: el problema fue que el cañón y la mitad del tambor del Smith & Wesson quedaron dentro de su boca.*

*Glup osciló furiosamente la cabeza de lado a lado, tratando de que el hombre soltara el acero, pero el perro estaba aferrando media mano con los dientes y el agresor no podía sacarla aunque hubiese querido.*

*Así que, mientras yo alzaba la pistola que le había quitado al ladrón agonizante, e intentaba bajar al tipo sin matar a mi perro en el proceso, el ladrón hizo lo único que podía hacer: apretó el gatillo y disparó hacia el interior de la boca de Glup.*

*Fue el último acto de su vida.*

*Cuando ví la cabeza del perro desplazándose hacia atrás por la fuerza del impacto, hice fuego. El hombre salió disparado, mientras el perro caía en dirección opuesta. La Browning volvió a ladrar, y el hombre recibió un segundo disparo en medio del pecho aún antes de tocar el suelo. Cuando quedó inmóvil, recogí su revólver y me incliné sobre Glup.*

*Esperaba verlo con el cráneo destrozado, con masa encefálica saliendo de sus orejas, u otro horror por el estilo.*

*Pero no. El bravo Glup, el valiente Glup, remaba con las patas, de costado en el piso, intentando ponerse de pie. Sólo su socarrona sonrisa –heredada de Cheto, su padre- era algo más amplia, porque el tiro había salido por la mejilla, desgarrándosela.*

*El maldito había hecho fuego mientras Glup agitaba la cabeza hacia el costado, y la bala no le había destrozado el cerebro, sino que había atravesado la piel y el músculo del carrillo, saliendo inofensivamente por el costado.*

*De cualquier modo, había mucha sangre. Cuando el perro movía la boca, se podía ver el juego de los maxilares por el agujero.*

*-Shhhhhh... Tranquilo. No pasa nada.*

*Mientras obturaba la herida con un pañuelo, Glup azotó el suelo con la cola tres o cuatro veces. En su sonrisa torcida y destrozada y en su mirada nublada por el dolor, podía –yo podía- leerse una expresión que transmitía el amor y la confianza.*

*El veterinario policial de la División Perros le hizo un gran trabajo en la mandíbula: una semana más tarde, Glup andaba de acá para allá como si nada hubiera sucedido.*

*Los dos ladrones habían muerto, y puedo asegurarles que, de ahí en más, nunca más volví a salir de noche sin llevar mi perro y mi pistola.*

*Así pasaron los años. Creo que no puedo transmitir lo que ese animal me dio. Nunca voy a poder expresar las oleadas de emoción que me embargaban al verlo allí, en el fondo, cubriendo el terreno en zigzag de modo tan perfecto que, a no ser por el pelaje y el color, parecía el espíritu de su madre revivido.*

*Cazamos juntos muchas veces más, yo me hice más viejo, él aprendió muchos nuevos trucos más, y luego, cuando tenía casi nueve años, tuvo la idea de hacerme la triste broma de enfermarse.*

*Una mañana en que, como todas las mañanas, lo sacaba a pasear para que hiciera ejercicio y urinara, observé una mancha roja sobre las baldosas de la vereda, junto al árbol que Glup acababa de abandonar.*

*Lo estudié detenidamente, y ví que su abdomen estaba algo hinchado, no demasiado, no lo suficiente como para que yo lo hubiera notado a primera vista, pero visible ante la menos detenida de las inspecciones, si uno sabía a donde mirar.*

*-¿Qué te pasa, Glup? A ver la panza...*

*El perro me dejó hacer, pero, apenas le toqué el vientre, soltó un gemido débil, uno de esos lloridos caninos que no significan otra cosa que dolor.*

*El bajo vientre le dolía, y orinaba sangre.*

*Llamé de inmediato al Principal Gutiérrez, el veterinario, pero el médico recién llegó a la noche.*

*Con delicadeza palpó el vientre de mi perro, y su expresión me dijo que algo andaba mal. Cuando apretó, el perro se orinó encima. La orina estaba totalmente saturada de sangre.*

*Si hubiera sido una persona, yo hubiera asociado esos síntomas con cálculos renales, pero no sabía si esto era común en los perros.*

*-No puedo decirlo sin algunos análisis, Inspector Gallo.- me dijo. Y al día siguiente, llevé a Glup a la División Perros para que le tomaran las muestras.*

*-Las noticias no son buenas, Gallo.- dijo el veterinario.*

*Yo me lo imaginaba.*

*-¿Qué tiene?*

*-Anemia hemolítica, desgraciadamente en una fase bastante avanzada.*

*-¿Có... cómo es eso?- Era una pregunta retórica. Yo rogaba no haber escuchado lo que había escuchado.*

*El veterinario me invitó a sentarse y encendió un cigarrillo.*

*-Es una falla del sistema inmunitario, muy grave en los pequeños mamíferos. El sistema inmune no reconoce a los glóbulos rojos como propios, de manera que piensa que son ajenos y los ataca. Los destruye, ¿me comprende? La sangre de su perro se está devorando a sí misma, Inspector Gallo. Se está comiendo vivo a sí mismo.*

*-¿Cuál es su pronóstico?*

*El hombre dio una profunda calada a su cigarrillo, expulsó lentamente el humo, y respondió:*

*-No es muy bueno, por desgracia. La anemia hemolítica es una enfermedad muy grave, incluso para los humanos. En este momento, el perro está abajo, en una jaula, recibiendo transfusiones permanentes de sangre bovina. Usamos vacas porque no es muy fácil encontrar donantes caninos...*

*-Perros son lo que sobran...*

*-Pero los perros tienen catorce grupos sanguíneos diferentes, y es muy difícil encontrar el donante justo. Ahora hay que ver cómo reacciona a las transfusiones. Hay que esperar.*

*-¿Esperar?*

*-Esperar para ver si el sistema inmunitario de su perro deja vivir a los glóbulos rojos de vaca. Si no los mata, tal vez tengamos una posibilidad. En caso contrario, habrá que ponerlo a dormir.*

*Por primera vez desde aquella noche en que él recibiera el tiro en la boca, dormí en casa solo, sin mi perro. A la mañana siguiente, volví a ver cómo seguía.*

*Las noticias eran peores.*

*-No está aceptando bien la sangre, Inspector. Anoche tenía el cuarenta por ciento del volumen normal de hemoglobina. Hoy, después de dos transfusiones, el porcentaje ha descendido a dieciséis. Está intentando morir.*

*La voz del veterinario se convirtió en un murmullo lejano, algodonoso.*

*Ese hombre, un profesional competente, me estaba diciendo que mi perro, que me había arrastrado hasta mi auto y había obligado a un tipo a hablar por radio para salvar mi vida, que mi perro, el que había aferrado el caño de un revólver con los dientes para desviar hacia sí un balazo que me estaba destinado, que Glup, el ser que yo más amaba en el mundo y prácticamente el único que me hacía reír, estaba muriendo.*

*El doctor Gutiérrez me tomó del brazo y me hizo poner de pie, y lo acompañé hasta el canil de internación.*

*Los ojos de Glup estaba abiertos, pero yo no sabía si me veía.*

*Tendí la mano para acariciarlo, a través de la puerta abierta de la jaula, y el perro intentó mover la cola y levantar la cabeza, pero los músculos del cuello ya no tenían fuerza para sostenerla. La cabeza cayó sobre las patas delanteras.*

*Lo habían tapado con una manta, y los tubos del suero y de la sangre se perdían bajo las cobijas.*

*Las lágrimas corrían por mi cara, pero me importaba un carajo que el otro poli me viera llorar.*

*-No mueve la cabeza... –susurré.*

*-No.- dijo el veterinario –Está muriéndose.*

*-¿Qué haría usted?*

*-Si fuera mi perro, ya lo habría dormido.*

*Me estaba diciendo que había que sacrificar a Glup. Era un trámite sencillo: había que pinchar la membrana de goma de la vía por la que se le suministraba el suero, y aplicarle una sobredosis - calculada en función de su peso corporal- de fenobarbital o alguna otra mierda por el estilo. Una sobredosis pensada para que fuera fatal sin errores ni excepciones. El perro se dormía, y uno lo enterraba.*

*Pero no mi perro. No Glup.*

*-¿Puedo llevármelo?*

*-No se lo recomiendo, salvo que le quiera dar la inyección usted mismo.*

*Le hablé bajo y tranquilo:*

*-Usted no se preocupe. Yo me arreglo.*

*Creo que el hombre me comprendió. Me dio su tarjeta para que lo llamara a cualquier hora del día o de la noche, le sacaron a Glup todas las cánulas y tubos, y me lo pusieron en los brazos para que lo llevara a casa.*

*Tal vez fue un error y una crueldad, pero era lo que yo quería hacer. Un hombre debe matar a su propio perro.*

*Cuando lo acomodé junto a la estufa, en mi dormitorio, Glup movió la cola brevemente, mirándome con ojos que decían que no me preocupara, que no era tan grave, que no había motivos para estar tan tristes.*

*Pero su respiración irregular y estertorosa lo desmentía, y, luego del mediodía, tomé la decisión de eliminarlo.*

*Ahora era mi responsabilidad, y yo ya había elegido el sistema.*

*Lo acaricié con ternura, y él me clavó la mirada, de frente, algo que ellos hacen raras veces, porque implica una forma de desafío. Pero no me estaba desafiando. Estoy seguro de que sabía lo que*

*iba a suceder, que yo lo iba a matar, que iba a terminar con su sufrimiento, y quería grabarse mi imagen en la mente, quería pasar al otro mundo, al paraíso de los perros buenos, a ese lugar donde las pradera son interminables, y los ratones corren más despacio, donde los cazadores jamás erran un tiro y las perdices son abundantes y gordas, y donde las perras llevan siempre la cola enhiesta y están todo el tiempo en celo, con mi cara, mi aspecto y mi olor firmemente establecidos en la memoria.*

*Sabía que no podía llevarme con él, pero tampoco quería perderme.*

*Me miraba y me miraba. Me hablaba con la mirada.*

*La pistola.*

*Un tiro en la cabeza, de arriba hacia abajo, era el método elegido.*

*Eran las cinco de la tarde, estaba oscureciendo, y el pobre Glup tenía que irse.*

*Pero no la Walther. No mi pistola. No iba a matar a mi perro, a mi amigo, a mi hijo, con el arma que había sido el pasaporte para tanto malandra, tanto asesino, tanto violador de niños. No iba a usar con Glup la pistola que usaba para trabajar.*

*Entonces recordé la Colt de aquella chica, la .45.*

*La saqué de su caja, comprobé su mecanismo, y la cargué. Estaba igual, nueva como siempre, intemporal y eterna como el pecado o como el recuerdo de los viejos tiempos. Ella también me hablaba, me decía que haría lo que pudiera por Glup. Lo único que sabía hacer. Aquello para lo que había sido creada. Su finalidad.*

*Llevé a Glup en los brazos hasta el terreno del fondo. Lo tendí sobre su manta y saqué la pistola del cinturón.*

*Glup levantó la mirada. Ya he dicho que sabía para qué sirven las armas, que de hecho había sufrido una grave herida de bala, así que comprendió lo que yo estaba por hacer.*

*Y, si no quieren creerme no me crean, pero les juro por los hijos que nunca tuve que al ver la Colt, movió la cola débilmente, como si pensara que yo estaba haciendo lo que él hubiera querido.*

*Me arrodillé junto a él, la pistola en la mano derecha, y lo abracé por última vez, con los ojos arrasados en lágrimas. Cuando volví a apoyarlo sobre la manta, allí, en la tierra húmeda y fragante del jardín, la mano armada quedó al alcance de su hocico y su lengua asomó entre sus mandíbulas y me lamió débilmente.*

*-Chau, viejo. Chau, hermano querido. Nos vemos un día de éstos.*

*Él no dijo más. Allí se quedó, con la cabeza sobre las patas delanteras, mientras yo le apoyaba el cañón de la pistola entre las orejas, presionaba el seguro de empuñadura y apretaba el gatillo.*

*La bala penetró con precisión, destruyó su cerebro y, atravesando el cráneo de arriba abajo, salió por el otro lado y se incrustó en la tierra. Yo me puse de pie y retrocedí dos pasos, con la pistola aún humeante, y mi mano derecha se abrió. La Colt cayó a la tierra, rebotó una vez, y allí quedó. Nunca volví a dispararla. Nunca más la empuñé. A la larga, creo que la tiré.*

*En el espasmo muscular que siguió, un segundo después del disparo, las patas de Glup se contrajeron un instante y luego quedaron quietas.*

*Pero ese estertor, ese movimiento, crearon la ilusión de un intento de locomoción que me hizo llorar más fuerte y más profundo, y que nunca, mientras viva, olvidaré.*

*Ya muerto, con el cerebro destrozado por la bala, Glup, mi perro, mi mejor amigo, el ser más maravilloso y valiente de este mundo, intentó, antes de abandonarlo para siempre, arrastrarse una vez más hacia mí, hacia su amo.*

*Lo enterré esa misma tarde, y pasé los dos días siguientes confeccionando la sencilla cruz que aún debe estar allí, en el fondo de esa casa que fue mía, que fue nuestra.*

*Luego de matarlo me emborraché, y no hablé con nadie, y sólo llamé a mi subcomisario al día siguiente para pedirle el día y poder volver a emborracharme.*

*Los años han pasado, y vendí la casa, me casé y me divorcié, me echaron de la policía, me mudé veinte veces, pero nunca pude olvidar a Glup. De hecho, no pasa un solo día sin que piense en él.*

*Pero no me malinterpreten: no lo pienso en sus últimos días, enfermo y dolorido, sino que recuerdo las tardes de caza y las perdices, el movimiento alegre de su cola que tanto me hacía recordar a Diana, el brutal combate contra los ladrones, el perro humorista que tanteaba las paredes como un ciego sólo para hacerme reír y obligarme a olvidar mis problemas.*

*Incluso a veces, sueño con él. No a menudo, pero a veces se aparecen, él y Diana, y los tres paseamos por el campo y ellos matan dos conejos para el almuerzo. Otras veces, estoy en casa solo con Glup, y él apoya la cabeza en mis rodillas mientras leo un buen libro junto a la estufa, o se tiende junto a mi cama por la noche. Son sueños estúpidos, nada interesantes, pero son muy importantes para mí.*

*Algunos días después de su muerte, planté los macizos de begonias junto a su tumba, y más tarde le saqué una foto, donde se veía la cruz blanca con su nombre escrito. Llevo esa foto siempre en mi billetera.*

*No pasa día sin que piense en Glup, y el motivo, digan lo que digan los cínicos de este mundo, es que aún permanece junto a mí.*

***Se fue hace doce años, pero siempre va a estar aquí.***

Florida, 27-30 de junio de 2001